

Una reflexión acerca de la evolución
de esta práctica asistencial

La atención farmacéutica en la Biblia

Manuel Machuca

www.farmacoterapiasocial.es

Los libros sagrados de las religiones son, ante todo, libros de vida. A través de sus historias nos transmiten mensajes y símbolos que nos pueden ayudar a entender lo que pasa y por qué pasa. Son textos que, con frecuencia, van más allá de la propia religión a la que sustentan, y por eso en ellos puede encontrar respuestas cualquier ser humano, con independencia de las creencias que profese, incluso si no se llega a tener ninguna.

¿Por qué la atención farmacéutica, después de tantos años, sigue sin implantarse? ¿Por qué, siendo tan claros sus beneficios, no hemos sabido llegar a hacerla realidad? Son preguntas que me venía haciendo, y de las

que he intentado hallar posibles respuestas en el libro sagrado que tengo más a mano: la Biblia de nuestra tradición judeo-cristiana.

Me preocupan mucho esas preguntas porque desde el famoso artículo de Hepler y Strand de 1990, «Oportunidades y responsabilidades en atención farmacéutica», han pasado ya muchos años. A pesar de eso, todavía hay artículos publicados en revistas científicas, ¡en 2008!, que hacen referencia a la atención farmacéutica como una nueva práctica profesional.

¿Nuevo algo que tiene casi veinte años? Basta mirar aquello que en 1990 era nuevo o noticia para comprobar si algo está fallando.

© NEIL SULLIVAN/ISTOCKPHOTO



Si nos fijamos en los medicamentos que aparecieron como nuevos en 1990 podríamos convenir que no se debe denominar como nuevo a algo que surgió en aquel tiempo: cetirizina, loratadina, lovastatina, simvastatina, deflazacort, roxitromicina, perindopriolo, tenoxicam, o droxicam son fármacos que salieron al mercado en aquella época, algunos de los cuales fueron retirados del mercado hace tiempo.

Aún así, podríamos pensar que el mundo del medicamento es singular y que hay que buscar otros ejemplos. Por eso, quise recordar los hechos históricos que ocurrieron por aquel tiempo en el mundo. 1990 fue el año en el que Nelson Mandela salió de la cárcel. También fue cuando se unificó Alemania, cayó la dictadura de Pinochet en Chile, Lituania se independizó de la Unión Soviética, o Lech Walesa alcanzó la presidencia de Polonia. También todo esto nos queda muy lejos, y no hace sino confirmar que se hace difícil seguir llamando a la atención farmacéutica una nueva práctica profesional.

Y entonces me puse a buscar en la Biblia, con la esperanza de encontrar lo que dice el Evangelio de San Mateo (Mt 7, 7-8): «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá». Y lo primero que me vino no hizo sino incitarme a seguir buscando: fueron unos versículos del evangelista que era médico:

«Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrar, una parte cayó junto al camino, fue pisoteada y las aves se la comieron. Otra parte cayó en un pedregal, y nada más nacer se secó por falta de humedad. Otra cayó en las zarzas; las zarzas crecieron y la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, nació y dio fruto, el ciento por uno. Dicho esto exclamó: ¡El que tenga oídos que oiga!»

(San Lucas 8, 5-8)

Mi reflexión

Y a partir de ahí intenté construir mi reflexión sobre el momento actual de la atención farmacéutica. Una reflexión que probablemente no sea la verdadera, pero sí que puede ser mi propia aproximación a lo que

yo creo que está pasando en este momento. Porque a veces pasa que creemos que estamos transitando un camino único, cuando lo que en realidad está pasando es que estamos haciendo lo mismo que otros hicieron en otros contextos y para otras cosas. Es decir, que la historia se repite.

Porque la realidad de la atención farmacéutica es que se trata de una nueva práctica profesional, con veinte años de edad y que sigue sin ejercerse, a pesar de lo cual somos muchos los que decimos lo que está bien y lo que está mal. Con frecuencia, quienes enseñamos no perdemos la oportunidad de hacerles sentirse mal a quienes reciben las clases y no la ejercen. Y, además, para mayor parangón, se parece mucho a lo que hacemos cuando hablamos de Dios: muchos hablan de ella, pero pocos la han visto en realidad.

Creo que hemos hecho un gran ejercicio de fariseísmo cuando hemos planteado un escenario en el que importa más la apariencia que la realidad, la teoría que el ejercicio práctico, el medio que el fin, o el decir que el hacer. Lo importante ha sido cuántos PRM hay, si se llaman PRM o RNM, o si se sigue el método X o el Y. Decimos que porque haya documentos de consenso quien no haga atención farmacéutica es porque no la quiere hacer. ¿De verdad hay quien se cree que sólo por eso un farmacéutico puede ya superar los inmensos problemas de su día a día, sus miedos, la elevadísima responsabilidad que con esta práctica contrae ante los pacientes, el insertarla entre sus rutinas, y tantos etcéteras a los que se hace tan escasa referencia, tanto en los documentos de consenso como en las clases que impartimos?

«¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia, y ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los demás»
(Lucas 11, 52)

Porque de la enseñanza de la atención farmacéutica también podemos encontrar otras referencias, como la de Mateo 23, 1-8:

«Los maestros de la ley y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés. Haced y guardad lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen.

«¿Por qué la atención farmacéutica, después de tantos años, sigue sin implantarse?»

Atan cargas pesadas e insoportables
y las echan a los hombros del pueblo,
pero ellos ni con un dedo quieren moverla.
Hacen todas sus obras
para que los vean los demás.
Ensanchan sus filacterias
y alargan los flecos del manto.
Les gusta ocupar los primeros puestos
en las sinagogas, ser saludados en las plazas
y que les llamen ¡maestros!»

En España, sin ejercerse de forma real la atención farmacéutica, hemos enseñado, opinado, criticado, consensuado, legislado, investigado y publicado. Y todo ello, durante estos largos años. Es probable que sin mala intención, pero también sin un análisis profundo de cuál debería ser el camino y cuáles eran sus dificultades, ni tampoco el objetivo concreto a conseguir y las renunciaciones que realizar. Y todo sin un espíritu autocrítico a nuestro posicionamiento, y señalando con el dedo a los otros, que eran los que decíamos que tenían un problema:

«No miréis la paja en el ojo ajeno,
sino mirad primero la viga en vuestro ojo.
Sacad primero la viga de vuestro ojo
y entonces veréis bien

para sacar la paja del ojo de vuestro hermano».

(Lucas 6, 39-42)

Buscando respuestas

Sin embargo, y a pesar de todos los pesares, que nos duelen mucho a los que nos sentimos implicados como parte del problema causado, también debemos evitar rasgarnos las vestiduras. Tenemos la obligación de encontrar respuestas que nos hagan entender el por qué de las cosas. Porque no se trata de volver a caer en la búsqueda de vigas y pajas en diferentes ojos, sino de poder comprender el momento en el que estamos, y así saber el camino que nos queda por recorrer.

El primer ejemplo, que nos puede servir para entender cómo deberíamos afrontar el futuro, nos lo da el Evangelio de San Marcos. Este Evangelio consta de dieciséis capítulos. Durante los primeros ocho se cuentan los milagros de Jesús. Jesucristo va predicando de aldea en aldea, de pueblo en pueblo. Va hablando a la masa. Sin embargo, en el capítulo 9 se produce un viraje. A partir de ahí, y hasta el final, se dedica a preparar a sus discípulos para lo que vendría después, tras la llegada del Espíritu Santo: difundir el cristianismo por todo Occidente.

«La realidad de la atención farmacéutica es que se trata de una nueva práctica profesional, con veinte años de edad y que sigue sin ejercerse»



© ROSEMARIE GEARHART/STOCKPHOTO

«Hemos hecho un gran ejercicio de fariseísmo cuando hemos planteado un escenario en el que importa más la apariencia que la realidad»

Ésta puede ser una imagen de lo que nos ha pasado y nos deberá pasar con la atención farmacéutica. Tras conocerla, nos hemos dedicado a predicar, a dar cursos, clases, por todo lugar. No hay sitio donde no se haya dado un curso sobre atención farmacéutica; sin embargo, hoy quizás haya llegado el día de dejar de predicar e ir preparando a los discípulos, que mediante una práctica asistencial, realizada en primera persona, vayan difundiendo la atención farmacéutica. Los seres humanos somos así y, por tanto, unos pocos serán los que cambien una profesión y lleven el mensaje a los demás, y siempre a través de lo que hacen (*por sus frutos los conoceréis*).

Porque la atención farmacéutica está siendo un camino duro, nos podríamos fijar también en otros caminos difíciles de recorrer. En el Antiguo Testamento encontramos el camino por antonomasia, el que recorrieron los israelitas, comandados por Moisés, para llegar a la tierra prometida.

Moisés lideró a su pueblo en su liberación, buscando una tierra de la que manaba leche y miel. Para nosotros, esa imagen puede ser la de la atención farmacéutica, convertida en tierra prometida para una profesión renovada, que encuentra el sentido de seguir siendo útil a la sociedad, pero renovando su ejercicio profesional.

La primera dificultad que encontró Moisés fue cruzar el Mar Rojo, pero él consiguió con su cayado abrir las aguas para que su pueblo pasara. Las aguas abiertas significan lo que la determinación puede conseguir. No hay dificultad que detenga a quien tiene el arrojo y la valentía de luchar por sus sueños. La determinación que tengamos, nuestra fe en nosotros mismos, marcará nuestra capacidad para abrir nuestro Mar Rojo particular.

El texto bíblico nos dice que después el pueblo israelita vagó cuarenta años por el desierto. Si vemos la península del Sinaí, y creemos que tardaron cuarenta años en atravesarla dudáramos mucho de la capacidad de liderazgo de Moisés, por otra parte una de las figuras esenciales tanto del cristianismo como del judaísmo. Prefiero imaginarlo como un símbolo. Cuarenta años es una generación y entiendo que nos intenta hacer ver que es el tiempo en el que se producen cambios tan profundos como los que experimentó el pueblo de Israel, que se liberó de la esclavitud para llegar a la tierra de sus sueños.

En un tiempo largo como éste se puede perder la paciencia y adorar a dioses menores, como el que representa el becerro de oro. Nuestro becerro de oro es esa atención farmacéutica menor con la que nos intentamos contentar. Nos hace tener un dios, pero no nos lleva a la tierra prometida. La dispensación, activa, informada, a secas o con el apellido que cada cual guste, y la indicación farmacéutica, son diversas formas con las que los farmacéuticos comunitarios evitamos acometer el sentido final de la atención farmacéutica: trabajar con los pacientes para satisfacer sus necesidades farmacoterapéuticas y disminuir los problemas que producen los medicamentos. También los farmacéuticos de atención primaria y los de hospital tienen sus propios becerros de oro, pero no me compete a mí hablar de ellos.

El camino final, la tierra prometida, es la atención farmacéutica que nació con Hepler y Strand, y que tuvo siempre como finalidad disminuir el sufrimiento evitable de la sociedad en relación con los medicamentos. No hay otra tierra prometida.

Y para llegar a ella, los israelitas se alimentaban del maná que Dios les enviaba del cielo. El maná es un alimento espiritual y, por tanto, no llegaremos al final del camino si no estamos movidos por motivaciones que van más allá de las económicas, de poder o de cualquier estrategia menor. Sólo alimentados con maná llegaremos al final del camino.

Perseverar

Y así llegaremos al final del camino, aunque no sabemos quién llegará. En la liberación de Egipto, Aarón, el hermano de Moisés, fue el único que pudo llegar a la tierra prometida de los que salieron. Cada uno somos parte de nuestro propio proceso histórico, y nunca hubieran llegado israelitas si otros no hubieran hecho su parte. Por tanto, debemos huir de protagonismos o de atajos. Debemos convencernos de que lo importante no es llegar, sino saber que siempre estamos de viaje. Hagamos pues lo que nos toca en cada momento, que no es sino nuestra parte del camino.

Porque es muy importante tener claro el camino. En eso, debemos hacer como los Reyes Magos de Oriente, que siguieron la estrella que les marcaba el lugar del naci-

miento del niño Jesús, huyendo de los consejos de reyes como Herodes. Los farmacéuticos debemos seguir nuestra estrella de oriente y no dejarla por difícil que sintamos que sea el camino. De ahí que no haya más remedio que volver a mirar a aquella que indica cuál es la práctica nueva que necesitan nuestros pacientes, cuál es la investigación que necesita esta práctica, cuáles son sus necesidades de formación y cómo afrontar la docencia necesaria. Porque al final del camino, cuando podamos encontrar las respuestas a tantas preguntas que hoy nos hacemos y nos paralizan, se producirá el efecto multiplicador de los panes y los peces. Y la nueva profesión alimentará a tantos profesionales como sean necesarios, y aún sobrarán muchas cestas de comida. Entonces llegará el momento en el que todos estemos donde ahora mismo deseamos y nos parece imposible llegar.

Por tanto, quienes tengan luz para alumbrar el camino no deben esconderse. A pesar de las ganas de tirar la toalla, a pesar del desencanto de años de ilusión que parecen haberse tornado en fracaso, a pesar de nuestras inconsistencias, nuestras contradicciones, o de nuestras limitaciones, la atención farmacéutica representa lo mismo que desde hace años viene representando, y continúa siendo una oportunidad para la sociedad de disminuir el sufrimiento que le producen la ineficiencia de recursos sanitarios tan importantes como son los medicamentos.

Por tanto, no debemos desanimarnos, aunque sí tomarnos de verdad en serio la atención farmacéutica. De ahí que tengamos que volver a sacar la luz a la que hace referencia el Evangelio de San Marcos (4, 21-25), y tratar de iluminar el camino por recorrer:

«¿Acaso se trae la lámpara para ponerla debajo del celemín o debajo del lecho?
Pues nada hay oculto sino es para que sea manifestado;
nada ha sucedido en secreto, sino para que venga a ser descubierto...

Y como dice el versículo final de esta cita:

...Quien tenga oídos, que oiga». ■